



Poemas

Oración de San Manuel.

A Manuel Pecellín

Ser un nuevo Tomás, Señor, quisiera
y, así, meter mis dedos en tu herida.
¡Qué homicida sería, qué homicida,
la nada si anidara en mi ceguera!

Huérfano voy, con la mirada huera,
con la piel, por mi buitre, carcomida.
Vuelve, mi Dios, comparte mi comida,
pasa las noches, Tú, a mi cabecera.

Pues de noche, en las sombras, tengo miedo
y el nudo de la duda me amordaza.
Permíteme, Jesús, que meta el dedo

en la llaga amorosa del costado
que el miedo a que no existas me atenaza,
oh Jesús, mi Jesús, resucitado.

A Jaime Álvarez Buiza

Colgados del vacío, casi en vilo,
sujetados apenas a la vida
tenemos la existencia suspendida,
como una marioneta, por un hilo.

El tiempo es un puñal que, con el filo,
le escarba en las raíces a la herida
para beber la sangre sorprendida
que nos fluye en las venas con sigilo.

Cuando el hilo se rompa o se destense
tendida quedará la marioneta
en trágico guiñapo convertida.

Finalizada su actuación circense
se desplomará -agónica pirueta-
sobre el negro escenario, así, abatida.

A Rufino Félix Morillón

Esta tarde tan gris sobre mi mesa
se desploma, de pronto, en la mirada
y se tiñen los ojos con la nada
-marchita flor- en las pupilas, presa.

Ya se abate la noche por sorpresa,
en ciega estatua de ceniza helada,
y el musgo del olvido, dentellada
de sombras, en mi rostro deja impresa.

Esta tarde, tan gris como la vida
que se entristece tras la vela que arde
en lágrimas de cera convertida,

esta vida tan gris como la tarde,
demanda una piadosa palmatoria
que le aliente la luz y la memoria.

José Luis Álvarez

Fulgor de la memoria

La memoria del aire siempre vuelve indolente.
¿Qué le importan las nubes ni el sopor del verano?
La memoria es cuchillo que cimbrea las copas
y ajusticia, implacable, las pobres hojas pálidas.
Pasión que configura silencio con otoño,
agua helada y nostalgia, espejos sin cristales
y esta memoria ardiente como un hierro fundido
dejando sin palabras la amargura y el grito.

Tanta nada

Hoy tengo ganas de llorar. No siento
ningún dolor ni el alma me atenaza
con temor a un olvido. La amenaza
quizás venga del sol; tal vez del viento

o de esta soledad que ya presiento
y que noche y locura el pecho enlaza.
Hoy me siento morir y a nadie alcanza
saber la clave de mi abatimiento.

Sólo sé que no estás. Que ya no vienes,
que la casa anda a solas. Que no tienes
tu lugar ocupado en la almohada.

Que Dios está empapando mi amargura
con esta sed de llanto y de ternura
y yo no sé qué hacer con tanta nada.

Plaza de Oriente

Acaso hoy, como entonces, pueda apresarlo todo:
tu morenez altiva, tu boca de misterio
y esa manera tuya de mirarme en silencio.
Contigo queda así todo en su sitio justo:
el canto de la fuente, la tarde que declina,
el juego de los niños, el mirto que despierta
y hasta ese modo antiguo de los Reyes de piedra
posando con un algo de eternidad amarga.
Contigo todo tiene su razón y su idea:
la campana que rompe el aire de la tarde
con su viejo sonido, un tanto desvaído,
y estas manos cansadas de pedir un cariño
que no vale la pena. O sí lo vale todo.
No sé. Ya no sé nada. Cada día que pasa
me condenan más dudas y unas, menos, certezas.
Pero no quiero nada que me obligue a pensarte.
Sólo quiero tenerte, así, como esta tarde
sentados en la fuente con el mirto en los labios
y el sol, tras de los mármoles, muriéndose entre malvas.

Juan de Ávalos, noventa años

Noventa sólo es nombre. Hay que ver la mirada,
la luz quieta en los ojos, esas manos que siempre
buscan el aleteo del tigre y la paloma,
la razón de la tierra y el por qué de la sangre.
El corazón que late con fe de clasicismo
y una esperanza nueva de siglos desvelados.
Altera Roma viva, Mérida en el semblante
-sólo falta la clámide para ajustar el busto
y ser ya para siempre senador lusitano-.
Y en el alma ese brillo guadianero y exacto,
Juan en el nervio puro y en la serena esencia,
batallador suave de todas las piedades,
Juan en la piedra, el mármol, el sol y la sonrisa,
Juan, patricio en desnudo encinar de silencios,
tallador de los sueños y el desvelo del alba.
Noventa sólo es nombre. Lo que importa es la obra.
Y en todos los rincones están sus manos fuertes
desafiando a los vientos y al reloj de la historia.

Santiago Castelo

Autobús recorriendo la primavera extremeña

UNA VIOLENTA curva me devuelve
al paisaje, que exhibe el generoso
nacimiento de todos los colores
entre infinitos verdes.

No pasaron
las nubes a inundar con la tristeza
de su sombra la tierra; la regaron
sobreabundantemente, reventaron
de vida manantiales y semillas,
regocijaron los arroyos, que
bautizaban adelfas y junqueras
en el nombre de la Naturaleza.

Y la tierra no se ha quedado corta
desde el serpenteante vallecillo
hasta los peñascales del collado
de granitos azules, verdeados
de líquenes y delicados musgos;
ciertamente, la tierra se ha mostrado
magnánima.

Repasa el autobús
las luminosas páginas del día
y están los alcornoques, los olivos,
la jara y las encinas exultantes
de flores, aunque casi a punto ya
de la suave tristeza de la tarde,
que, igual que una visita concertada
de la muerte, se aplicará al oficio
de ir diluyendo, lenta, inexorable,
el rosa, anaranjado, carmín, malva
que prestaba a las nubes tan efímera
gloria; pero es ahora solamente
la hora de nacer la tierra entera
al aplauso del sol y de los árboles.

Vidas virtuales

SONREÍA el cacao, rebotante
en su tazón feliz, bajo los bucles
rubios de Shirley Temple. Por entonces
el Hombre Enmascarado resolvía
algunas aventuras que mi infancia
tenía por vivir, y yo pasaba
fidelísimamente bodegones,
paisajes, flores, rostros y divinos
desnudos de Mirón o Policleto
con misteriosos pubis vegetales,
siempre de lápiz blando y carboncillo
a lápiz blando y carboncillo. Pero
lo más evocador por esos días
era aquella mujer de celuloide,
por cuyo nombre espléndido, María
Móntez, yo navegaba a todas horas.
Su rostro, tan distante de la risa
como del llanto, merecía tules,
satén, muaré, rubíes, esmeraldas
y rosas encendidas en aquel
tecnicolor

y mi amor

y mi amor.

El sexo fue la lámina tan bella
que arrancaron del luminoso Génesis
para borrarla entera y convertirla
en triste palimpsesto, sobrescrito
con tintura de mierdas naturales.

Oré -cantos dorados, pastas negras
con relieves de flores- elocuentes
dulzuras, entre estampas arcangélicas,
y sentí las nostalgias y las vagas
emociones de Juan Ramón y Bécquer.

También estudié libros de trucados
títulos, que, tal vez se llamarían
“Método de Francés para olvidarlo”
o “Tratado exhaustivo de la Física
Moderna en 103 ilustraciones”,
o aquel divertidísimo “Tratado
compacto de los Reyes y las Guerras
de España” -otro volumen para el Mundo-.

Intentaron más tarde completarme
el pesado baúl de andar por esta
vida con pintorescas escolásticas,
pero estallaba ya de pensamientos
personales, mientras agonizaba
aquel espectro andante que, un buen día
de larga lluvia, en Aceuchal, provincia
de Badajoz, cayó, sin llanto, a manos
de un poder popular de carne y hueso.

Yo no siento rencor ni gana alguna
de rebuscar ningún tiempo perdido.
Miro hacia atrás, y veo, entre la bruma,
esos años, igual que una serpiente
podría en primavera contemplar
con emoción la piel abandonada
que posibilitó su nacimiento
nuevo, si en vez de sierpe fuera hombre.
Hecho a esperar, no me sorprende ahora
surgir de la raíz de mi cadáver.

y II (Tiempo de desprenderse)

CUANDO llega su hora esta colina
blanquea de ondulante y leve avena,
humilde nieve plateada que
este largo crepúsculo de junio
ilumina. Se fueron ya los días
de recorrer un campo de canciones,
de desorganizar la laboriosa
prisa de las hormigas, de violar
el secreto refugio de la aviesa
tarántula o sacar del verde éxtasis
al lagarto debajo de su piedra.
Otras cosas son ya las que este sol
poniente va enterrando de nosotros
y, por lo pronto, una canción podría
aliviar este hueco que ha dejado.

Benito Acosta

Ese animal de asombro
y de sollozo.

Su gemido tan dócil al placer y la herida.
O la noche

sus aguas

su delicia en el cuerpo

esa materia

esa materia oscura y delicada que somos
cuando el amor nos roza como un sueño.

He atravesado tierras desoladas.
Las aguas
se retiraban mansas a mi paso
y mis labios rozaban
las llagas de la piedra.

Por eso sé del limo y la alimaña.

Y se niega a la huida
como se niega al sueño

ese animal que pace en el tormento.

Cuando el amor deslumbra sus orillas
o cuando lo atenazan
el padecer y el miedo.

En lo oscuro se acercan
reconocen
a tientas, en silencio
el respirar del otro.
El cansancio o la dicha
con que yacen
o gimen
o muerden
o se buscan.

Rozando la espesura de lo humano.
En la noche insondable de los cuerpos.

Del poemario inédito: *Del animal y de su culpa*

María José Flores

En medio de la nada

Sabes la cómplice verdad de esta ciudad cualquiera,
de cualquier tiempo, de cualquier espacio,
cómo despierta el sueño de tu envolvente niebla
cómo este aroma de café estimula
lo incierto del presente, lo ambiguo del futuro,
lo abstracto del pasado.

Porque nada es distinto y tú lo sabes,
tan sólo este escenario y el esbozo del viento
llevándose las voces, adelgazadamente.

Aquellas voces que te acompañaron.

Porque es otro tu idioma y es otra tu grafía
y otra tu forma de expresar lo mismo:
el palpable papel de la existencia
abocado a la pira del olvido.

Antes que colonicen mi sueño en esta nada
de bosques o de bloques insaciables
con formas suplantando
las poliédricas luces
y rótulos que exhiben
los apócrifos signos;
tengo que pronunciarte.
Sobre los anaqueles del presente,
sin archivar pasados,
tu nombre es sólo el nombre
de este espacio difuso
que enmaraña un silencio
que apenas delecto;
deambular por tus dédalos
con aroma a jazmines
por las encrucijadas del silencio
persiguiendo la luz.
Eludir los señuelos.
Cambiar la perspectiva
orillando el vacío.
Para que no salpique el aguacero
ponerle techo al corazón desnudo
siguiendo los dictados de las obstinaciones.

Apretar el billete entre los dedos
y volver, volver siempre,
de la insatisfacción a la esperanza.

En esta tarde larga
junto a tu piel madura
con olor a vendimia
donde busco de pronto
reflejarme en tus ojos,
aquí, en el labio
de las estaciones.
Cuando en otoño el sol
dora el deseo.

Errar sobre esta nada,
dejarse acompañar por las siluetas
del palpitante friso,
del murmullo filósofo del viento
sobre las verdes copas;
del mar en calma desde la escollera,
mientras tu corazón se rompe en olas.
Caminas bajo el peso de los siglos,
mediterráneo margen de las desolaciones,
límites de esta bruma
que devuelve al olvido.
Tan sólo somos dueños de un instante robado.
Simplemente mirones.
Meros espectadores de la melancolía.
Cada gesto es testigo de un todo fragmentario,
(no se restaña nunca el sol perdido,
la exactitud perdida en la inocencia
frente al balance del conocimiento).

Legítimo es pensar que estamos hechos
de sueños y palabras.

Rauda pasó la página,
efímera y fugaz,
Igual que la pasión.
Como la muerte.

Bajo la turbiedad de un cielo de salitre,
por la oxidada luz de los cargueros,
frente a la espesa calma
de un mar sin transparencia;
el apátrida guarda
el íntimo suicidio
de un deseo.

Efi Cubero

Martes, 29 de abril

Han aprendido a mirarse de lejos, como casi siempre que la gente les rodea. Se cuentan todo con los ojos. No entenderían tantas horas si el otro no existiese. Cuando están solos amanecen las sonrisas a media voz, los cómplices juegos de manos, las confidencias...

Ninguno es feliz. Llevan varios días echándose en cara algo que ya no puede disimularse. Saben, pero no quieren saber. Sus deseos esta vez han ido demasiado lejos. La última noche juntos fue todo muy deprisa, cruel para dos solitarios en busca de dinero y de agua.

Hoy se ha levantado lentamente, como nunca lo hace. Es de noche todavía. Se ha dado una ducha y ha llorado bajo el agua. Se acerca a la cama que comparten en sueños y le deja una nota porque sabe que no querrá volver a besarle. Sale a la calle camino del reencuentro y comienza a llover. El cielo acompaña su pena. Y en el fondo de la noche sólo reconoce la cara vacía del amor, que lee resignado la triste historia de una despedida imposible.

Viernes, 9 de junio

Asomado a la ventana, desnudo, sin pijama, ve cómo en la calle la noche se apodera del mundo. Las delgadas ramas del árbol se dejan arrastrar indefensas al compás de un aire invisible. Ya lo decía Goethe: lo que está dentro, detrás del espejo, también está fuera.

...Y siente un escalofrío que le recorre el cuerpo cuando al observarse en el silencio de su habitación no oye ni siquiera el eco de su nombre.

Domingo, 15 de octubre

para Ángeles Mayorga, in memoriam

Acaban de darme la noticia. Hace un rato. Muy poco. Las letras de tu nombre rebotaron en todas las esquinas de mi casa. El destino volvía a repartir desierto cerca de mi boca y mis ojos volaron rápido al infinito junto a tu voz.

Estabas sonriendo, alegrándote de mis sueños y mis manos. Todavía me esperabas con tu arroz recién hecho y tus cuadros sin enmarcar para que charláramos hasta que se hiciera de noche. Siempre te gustaron las flores y las uvas y esta casa en el pueblo. Siempre me confesabas lo corto de la vida, la magia de los colores, lo eterno de las palabras.

Hoy no has querido despertarte. Tu voz no se escuchaba hacía días.

He llegado tarde a tu casa. Siempre tarde. Ya te has ido. En tu viejo sillón encuentro entre las pinturas una nota que lleva mi nombre: “El futuro se acerca lento, pero viene”. He cogido uno de tus pinceles; no sé usarlo, lo sabes, pero un lienzo vacío me guía. Me alejo del cuadro porque tengo frío. Y advierto en el rápido dibujo una puerta antigua de madera rodeada de jazmines, con una azada y aperos de labranza. Mis ojos se emocionan nuevamente y en el silencio roto siento tus alas enormes que me abrazan en la noche de los tiempos.

Tus años forman parte de mis años, y tus cuadros de mis sueños. Gracias por tu mirada, futuro ángel, lento ángel, viene ángel...

Hilario Jiménez Gómez

Palíndromos

I

Yo no hago nada,
eres tú quien viene a recordarme.
Y te espero tranquilo entre mis manos,
en esta oscuridad de soluciones
como el que espera ser,
como el que sueña que nada está perdido,
que mañana, tal vez, los dos cansados
o alegres por la vida y de la muerte,
andaremos las calles y los sueños
a descubrir esquinas,
a imaginar el tiempo que no existe,
a reír con las risas de otras luces,
o a intercambiar dolores y nostalgias.
No le sobra a tu nombre ni una letra,
ni un acento,
ni un atisbo de olor. Tú eres tu nombre
mientras la tarde sueña soledades
que compartimos. Sólo
está el sol como notario de todo lo que fue.
Y aquella nube
que timidea indecisa, luciérnaga frustrada,
amor de tanto amor, dicha imposible,
constancia de que fuiste.
Sabes que sigo aquí. Siempre me encuentras,
juegas con la ventaja del silencio.
Soy feliz al sentir que me recuerdas,
que todavía me quieres.
Y te hago andar de espalda por los años
para venir a verme.

Mientras beso tu mano, tierna y fría,
me aprovecho hasta el ansia
sabiéndote indefenso:
No puedes escapar de mi egoísmo

Es la triste ventaja que tenemos los vivos.

II

Viene y va el aire de esta tarde. Como si tu abanico
siguiera enmascarando mis tristezas. Vengo a dudar.
No sé la dirección de este camino.
Abril es soledad, así la vida me enseñó a sentirlo.
Pero es octubre. Qué hago yo aquí, apenas consolado por su aroma
en agridulce estar, en ida y vuelta,
sin saber si he de quedarme quieto
como un muerto que espera tu sonrisa
o andar hacia el encuentro del absurdo.
Quizás haya en la vida algún momento
en que el sentir se vuelva retroceso
y me ha tocado a mí sentir ahora.
Perplejidad del sol que anda en los ojos
de un ayer de ahora mismo y tan lejano.

El olor de esta luz. Debe ser eso.
Porque las luces tienen sus olores
como la oscuridad tiene su tacto.
Igual que la distancia tiene encuentros.

En esta tarde, círculo de sí misma,
viene al aire y se va,
tierno sorbo de luz que huele a vida de otras vidas
y se atraganta en medio del recuerdo.
Es culpa mía, lo sé,
tanta angustia de ser, desasosiego de este
andar siempre hurgando entre presencias
que fueron otros sueños, otras tardes
con este mismo olor que ahora yo siento.

III

No es la infancia, es su ausencia
quien viene y se pregunta por aquellos que fueron.
Dulce puñal que atraviesa
la tarde. Canas de una tristeza que ya es otra,
temblorosa canción,
constancia de unas manos
que aún socorren en el momento absurdo
en el que el sueño es solo despertar.

A quién pido perdón por el niño que he sido
y sigue estando
cuando la tarde es sol de otras mañanas.
A quién agradezco estar en nada que ya exista
para volver
mientras descorro, ilusionado, ese velo que despierta al silencio
del silencio,
trémula inundación de este vacío pletórico de ayer.
Se difumina el tiempo. Se confunde.
No sabe ya si ha sido o si será
de nuevo.

Mientras la noche se anticipa
y deja sin respiro a la luz que aún hubiera,
oscuridad de intentos por mis ojos,
luz sumisa que enjuga desconcertadas lágrimas,
nostalgia.

Jaime Álvarez Buiza

La sonería

Si tocas este poema,
si acarician tus manos
el ardor de su piel
con el tacto impaciente del deseo;
si escuchas sus palabras transparentes
alzándose en el aire
como la sonería de un corazón que canta,
y ves con su mirada
vaciar-se en el crepúsculo
el sueño acuchillado de la luz, ya me tendrás contigo.
Y si por él ahondas,
en el albo venero de la voz
conocerás el curso de la sangre,
su sonoro caudal hacia el silencio.

Simiente

Aquí estaba la casa, solanera
de grillos en la tarde campesina;
paredes dormitando en la calina
con ensueños de alegre primavera.

Aquí estaba la casa. Allí, era
donde la parva alzaba, matutina,
mieses para la criba vespertina.
Allí la trilla, ardiente sonajera.

Y aquí estoy yo, mirando embebecido
este solar de juego adolescente,
ese campo de verso amanecido.

Y el tiempo se convierte en luz ferviente
que recobra en las sombras del olvido
la savia germinal de mi simiente.

Abril

En tus ojos, abril;
con esa luz alegre que despeja
el rigor invernal de la mirada,
recreando
la insinuante cadencia de tu escorzo
mientras funden los trinos
témpanos del silencio de los días oscuros.

En tus ojos, abril;
en los míos, tu presencia
floreciendo el hervor en las pupilas,
dándoles claridad, renacimiento,
vivo deseo de desembridarlos
en el raudo camino hacia el deslumbre,
allí donde la alquimia de la luz
erige la hermosura.

Rafael Rufino Félix Morillón.

Regreso a Itémpora

Lo que se amó una vez y tuvo alas
no cesa de posarse en el recuerdo.

ANDRÉS MIRÓN

Soplé sobre la tumba.
El polvo acumulado del silencio
destapó la memoria de unas fechas
que el bronce se apostó contra el olvido.
Soplé sobre mis manos.
El polvo se esparció como la nieve
que llena de nostalgia las cunetas.
Y la luz de noviembre arrodillada
vertía en el envés de mi pupila
el cangilón cansado del otoño.
Miré a la soledad y a mi silencio.
Detrás del horizonte nada había,
sino el mudo temblor de aquellas horas
clavándome los pies sobre la tierra.
Busqué mi corazón en los alcorques,
queriendo recobrarlo de aquel polvo
que llenó de preguntas el olvido.
Miré en el interior de mi silencio
y supe que la luz que declinaba
era mi luz.

Que el polvo que soplé
mi vida era.
Sentí el dolor de las ausencias
abrazado al espejo de mi edad,
sus rostros de humo preguntando,
llamándome con nombres infantiles
que guardaban su edad inmarchitable.

Miré a la soledad sin un reproche.
Comprendí que el afán de eternidad
era el sueño tan cruel de lo imposible
en el necio sonreír de las estatuas.
Miré a la compasión de mi silencio
y observé que mis manos no eran más,
que la luz de noviembre arrodillada
descubría la traición de la impostura.

Y no supe volver a la ciudad,
perdido en la disculpa de mi llanto.

Los cimientos del aire

Hay horas que la luz ocupa leves
con signos transparentes de belleza,
espejos delicados del silencio
que devuelven su raíz a la mirada.

Oímos, fugaces, las voces del mundo
llenando de brasas la memoria,
cayendo verticales sobre el tiempo
como lluvia tardía y deseada.

Así las horas desnudas de distancia
traslucen presencias efímeras,
abarcen verdades inasibles
como abarcan los mares las estrellas.

La pasión del ocaso

Se desnuda el otoño
en el breve oleaje de la tarde,
delgada transparencia de la lluvia
cayendo vertical y fría
en las plazas inmóviles del alma.

La vieja porcelana de la vida
restaña su fulgor ya muy cansado.
Donde pierden las horas latitudes
y el cielo se torna cordillera,
suenan altos los oros del silencio.

De sombra en sombra
el río opaco de la vida.
Desnudos en la luz que nos abarca,
no tiene edad el tiempo.

Juan Carlos Rodríguez Búrdalo

Un recuerdo distinto

Fija constancia doy
de los rincones de mi casa,
entre la condición de sus puertas
abiertas
y el adiós que me aísla,
blanco y sombrío,
ajeno a la lluvia
que fue rendida imagen de antes
cuando rozaba el agua
la calma más oscura del invierno.

Acaso el tiempo sea
hacer de la mirada
un fervor delicado,
una pasión distinta
donde abocar el sitio de lo nuestro
como un propio perdón.

Pero contad conmigo
todo aquello
que ciega sin razón el olvido.
El saldo que bautizan las bóvedas
sin el olor de la codicia
y su frunce,
y sin la utilidad de la gracia,
sólo por tanta huella
y tanta muerte.

José Antonio Zambrano

MITO DE PROSERPINA

18 DE MAYO 2006

MUSEO NACIONAL DE ARTE ROMANO DE MÉRIDA

TEXTO Y VOZ: ROSA MARÍA LENCERO

GRABACIÓN: RADIO FORUM DE MÉRIDA
COREOGRAFÍA Y MÚSICA: ASUNCIÓN RAMOS

Acto primero

La joven hija de Ceres,
de brazos blancos y pelo tostado,
con peplo teñido de añil
bordado por sus manos,
recoge fragantes capullos de narcisos.
Unos los prende
de su ancho ceñidor de pedrería
para que el aroma ascienda a sus senos.

Un enjambre de abejas liban las flores,
¡están tan hermosos los campos de Enna,
que Sicilia es un paraíso en flor!
Violetas, lilas, amarantos y lirios
tapizan prados, colinas y bosques
donde cantan los arroyos y las fuentes
con las aves y el soplo de la brisa...
Rosas de rojo intenso
cuajan las lindes de los caminos.

Proserpina ondea el cabello
y mira los capullos de narciso
que llenan sus manos.

-Venid... venid... hermanas mías...
Minerva, ven
y posa tus ojos garzos,
sobres estas matas cuajadas.
Tú, virgen centelleante,
llena tu yelmo de flores.
Después, tañerás más ligera la lira.

Y tú, Diana, deja tu carcaj con las flechas
y abraza estos ramos
que rezuman primavera...
Tú, la de los dedos rosados,
acaricia estos pétalos
como al rostro amado.

¿No veis, Ninfas amigas
qué hermosa pradera?
Vosotras que pobláis ríos frescos,
fuentes cantarinas, bosques tupidos
y océanos plateados...
¿No os embriaga este aroma?

Y vosotras, Las Horas
que guardáis las puertas del cielo...
¿No lo aspiráis también?

Feliz y distraída, Proserpina
canta la alegría de vivir.

Acercaros a este arbusto silvestre
que crece en mitad del campo, acercaos...

Y de repente, un estruendo
de las profundidades sacude la tierra.

Plutón, que nunca antes se había enamorado,
ahora está herido por una flecha de Cupido.
Él, que es narciso y ciprés,
ha sentido los brazos de Proserpina
abarcando delicada a las flores.

Se abre una grieta, se rasga una roca,
abre su boca grande una cueva,
y Plutón, sobre un oscuro carro
con cuatro corceles negros
emerge de las entrañas de la tierra
y toma a Proserpina a la fuerza
por el talle perfumado.

Minerva, veloz,
intenta retenerla en vano.
Plutón, el raptor infernal,
arrastra a Proserpina entre lamentos
hacia el oscuro tálamo.

La tierra retumbaba bajo nuestros pies
con gran estruendo...
-¡Nos han arrebatado y se han llevado a Proserpina!
Dicen gritando su miedo a Ceres,
loca de dolor por su hija.

La noche cubre la pradera
y el frío marchita las flores.
Aretusa, ninfa de la fuente clara,
gime al pronunciar el nombre:
¡Plutón se la llevó!

Ceres enciende antorchas
y busca y busca...
Roto el corazón de pena.

Helios, el sol, se apiada de ella:
¡Busca a tu hija en los Infiernos!

Helios, que todo lo ve, vuelve a decir:
¡Plutón, señor del Hades,
la hará su esposa!

Ceres, con lágrimas tristísimas,
deja que escarchas de sal arrasen la tierra.

Acto segundo

Desdichada de ti, Proserpina, que gritas en vano:
-¡Madre!... ¿Puedes salvarme... madre?¡Madre....!
Plutón te rodeará más enamorado
y al borde de tu oído susurrará:
-¿Por qué me quitas el alma con tus lamentos?

Estás en el Infierno, Proserpina,
con el oscuro rebaño de las sombras
y un cortejo te recibe en la barca de Caronte,
así que no preguntes
de dónde vienes y hacia dónde vas.

Aprende cantos fúnebres
y duerme las cabezas de Cerbero:
una nana en tierra de muertos.
Arriba, Ceres, tu madre,
seca los campos de luto e ira:
granizo, hielo, témpanos, escarcha,
carámbano, tormentas, lluvias y borrascas
azotan la tierra y no crece nada.

En el Hades,
nunca gira hacia atrás
el uso de las Parcas,
¿cómo has de volver si Plutón sólo a ti te ama?

Defiende tu nueva morada
de las Gorgonas sibilantes,
de las odiosas Furias,
de las Danaides traidoras,
de la monstruosa Quimera.

Para olvidar lo que has dejado atrás
en el reino de la luz al amparo de tu madre,
bebe las aguas del olvido
que te ofrece el río Leteo.

Ceres pide agua fresca de menta
mientras te busca ciega de dolor
por los páramos abrasados de la tierra
y regala grano generosa
a quien da noticias de ti.

*

Abajo, en lo profundo,
a Proserpina la tientan
con un fruto nupcial prohibido:
-Toma, muerde esta granada.
Proserpina azuzada por el hambre
sabe que no debe comer
en el mundo de ultratumba,
no podría regresar a la tierra de los vivos.

-Tómala, muerde esta jugosa fruta...
Mira qué delicia de perlas rojas... ¡come!

¡No, no, no! Se niega a tocarla.
Pero Plutón, que se acerca sumiso,
trae en sus manos la más brillante:
-Come... no tengas miedo...
Sólo unos granos... sólo... unos granos...

Seis. Seis perlas de granada
entraron en su boca
y Plutón sonrió.

La tierra estéril, Ceres afligida.
Júpiter está asustado:
las hojas caen como en otoño,
las aves emigran, las fuentes se ciegan,
los surcos, hombres y ganado
son sombría tiniebla.

Mercurio baja a los Infiernos
y a Plutón ordena:
¡Por Júpiter, déjala marchar!

Y en el carro del Hades
la sube feliz a la tierra.
Regresa a los brazos de su madre
y renace la vida:
la risa de Ceres estalla en primaveras.

Acto tercero

Va rauda a gozar Proserpina
de los abrazos de su madre
mirando en derredor el campo yerto.

El encuentro es dulce néctar,
ambrosía de dioses que brota de nuevo
de los cuencos fértiles de la tierra.

Las gavillas de trigo,
los racimos de las vides,
los balidos tibios de los ganados
y el hombre y la mujer
con guirnaldas silvestres
festejan el regreso de la vida.

-Ponedme aquí, muchachos,
adornos de mirtos
sobre una alfombra de verde hierba
y quemad incienso,
después, traedme una pátera con vino,
que mi hija Proserpina ha vuelto.
Proserpina la mira con congoja:
-Madre, comí.

Comí seis granos rojos de granada.
Dice mientras Ceres
le trenza una corona de espigas
y la deja caer con la pena
que le duerme las manos.

A las mejillas frescas de Proserpina
acuden lágrimas,
ve llegar a Plutón
con un sol de hielo
que presagia una noche sin fin.

-Tu hija comió de mi mano una granada.
Así la desposé y mi reino la espera.

Ceres brama loca de dolor
y Júpiter despierta de su sopor olímpico.
Como salida de una aljaba
la rápida saeta del peligro le alertó el pecho:
volverá la desolación.

-Madre, comí con engaño
seis granos rojos de granada.

Júpiter conoce el corazón de Plutón
y cómo amargan las pasiones
y que lento se desmadeja el ovillo del tiempo.
-Seis granos de granada comiste en el Infierno,
la mitad de tu ser es de allí
y la otra de la faz de la tierra... así será.

Ríe Plutón la sentencia de Júpiter,
seis meses de gozo poseerá a la amada
en los confines de su mundo
entre el misterio de la muerte
y la ciénaga oscura de sus aguas.

Lamenta su suerte Ceres
y maldice los meses de Plutón
con el triste semblante del otoño
y la crudeza infértil del invierno.

Cuando regrese a su regazo Proserpina
verdeará la primavera
y encañarán los trigales,
brincarán los cervatillos
y corretearán espumosos los arroyos.
Seis meses
donde la tupida cabellera
de los bosques
esconda a Proserpina
de la codicia amorosa de Plutón.

FIN

I

Madre es grande y oscura,
su piel es la tarde,
cuando acaricia, sus manos
calientan como la sangre.
Yo quiero ser ella
 -la tarde-
tener las manos calientes
 -la sangre-
quiero ser madre.

II

-Ponle un nombre a mi hijo,
deja que viva.
Ayúdame a vivir para ayudarlo,
y aunque tú seas grande y yo pequeña,
escucha mi canción.
Elevaré la voz cada mañana al verte,
y cuando él crezca,
cantaremos los dos
sobre esta hierba,
para seguir pidiendo tu favor.
Sí, sé mi amigo.
Tú que das la vida a lo que crece
fijo en el suelo,
dásela también a lo que no tiene raíces.
Te prometo
que no arrancaré plantas si no son alimento,
que no quitaré la vida a lo que se mueve,
que usaré de tu agua con cautela,
que sólo para el hogar encenderé tu fuego.
Pero dame la gloria de ser mi aliado
en este reto.
Hazle el regalo de tu luz
a sus ojos abiertos.
Que crezca,
que aprenda,
que disfrute,
bajo el manto de tu cielo-

III

Llega la mañana
y soy como el fuego.
Crepito
 -me queda un aliento-
quemada
 -cenizas y brasas-
(Juego al corro, busco
tus manos, estoy escondida
en lo alto del árbol)
 -cenizas y brasas-

Golpeo mi cara.
¡Que venga el dolor,
que vuelva!
Mientras yo lo sienta
estaré con vida.
 -cenizas y brasas-
Mis gritos resuenan
empujan,
estallan.

(Estoy escondida
chupando las flores azules,
tan dulces,
que llevan mi nombre.
Sólo tengo sed,
y espero a que llueva.
Torrente,
esperanza,
mañana.)

Me duele, me duele,
mis gritos estallan
 -cenizas y brasas-

y estalla la vida;
-cenizas y lágrimas-
sale su cabeza
entre sangre y agua.
Nines Querol

Del libro inédito *Sin fuego ni palabras*

CABEZA DE MUJER DORMIDA (Lápiz sobre papel)

El sueño erige su bastón de mando
y es otra la arquitectura,
otro es su aletargado museo
cuyo fantasma rubrica
el delicioso mar de la quietud. O solo
imagen mercenaria de la vida.
El sueño ahonda en esa corola,
explora el pergamino de la mujer sin cuerpo,
de párpados lacrados
como vulvas en lágrimas. Besada por la noche
la mujer, en hermosa traición. Que así es el beso
que ignora el oficio de reunir el hálito
y la mano.
Es sueño que electriza
con mareas y remolinos blancos,
atravesando el alba sin la carne,
como bruma,
como la silueta
del invertebrado vacío.
Velero al viento, busto de flor
accionando la carcajada de la muerte.

MUJER PÁJARO (Grafito sobre papel)

Entre las nubes blancas, tu cuerpo claroscuro,
empujado por el viento,
catapultado como larva de diosa. Agitado
por el espasmo del gozo
y de la dicha. Sin recuerdos tu cuerpo,
sin la maligna lluvia de otras sombras dispuestas
a amputarte del jardín o del árbol. Sin susurros
ni aullidos. Entre las nubes blancas
y el cielo denso.
Si a mis manos bajaras a posar tu embriaguez
por tanta vastedad,
si en mis manos tus alas ofrecieran la voz
de los caminos
o los acantilados,
y dejaras que un hombre te atrapara en su boca
malherida,
si pudiera ser yo quien te arrancara
gota a gota el aire
forjador de tu figura y tu adiós.
Bendita sea tu espalda tan liviana,
o el voraz picotazo de tu brisa
o el gesto misterioso que eriza tus pezones
como piel aterrada.
Bendita tú que vuelas la noche de todos mis poemas
y te duermes aquí, en mi nido de ramas y de hojas,
cuando el alba te vence la alegría.

CUERPO PRESENTE (Aguatinta y punta seca)

Vivir entonces es enjaular a un muerto.
Quién libara de él la miel dormida,
si se ha dejado caer como un sauce
chorreando raíces
y no hay venganza, que desde el fondo
la tierra lo miró. Quién dominara la ley
de los vencidos. Quién lo estrujara
sin luego ser otro desierto solo y desecado.
Cómo la negra flor avanzó hasta sus labios,
cómo acogió
el devaneo por la piel
y sus contornos. Con qué puñal
incandescente sobre una rosa de carbón
y ahora no es más que un enigma
flotando sobre aguas
detenidas,
tan propias como el ser y el no ser,
como el hambre de Dios por su esperpento.
Cuerpo presente cuando su luz se evade,
cuando la nada recibe sus monedas,
el salario por tragar
a quien sorbió la vida y le llegó la muerte
en un descuido.

NIÑO EN EL ASFALTO (Óleo sobre tabla)

Ese niño no sabe que es la escarcha
que bajó a florecer sobre el asfalto
o que es el animal nacido de la ausencia
como un ritual de adiós,
como un tierno milagro incapaz de acallarse,
que así late la vida, iluminando
los muros agrietados por alguna tristeza
o alguna soledad
o el poso del silencio
sobre el odio.

Ese niño no sabe que un espasmo lo extrajo
del olvido, que lo exigió la rabia
taponando una herida ya imbesable.

Música dulce, remedio del terror,
no lo sabe ese niño
ni sus manos
ni su ayer en el discreto encierro.

Que lo duerma la madre de la noche,
que la ubre del día lo alimente
o que acudan los lobos a adorarlo
pues es ya toda alma
y que exista una estrella,
una tan solo,
como alborotado reloj,
marcando el tiempo de acudir a mi vientre.